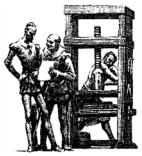
JUAN SEBASTIÁN CALIFA y MARIANO MILLÁN

La JUP Montonera (1973-1976)

De la ilusión a la decepción

ediciones CEHTI

ediciones IMAGO MUNDI



Colección Archivos
Estudios de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda
Dirigida por Hernán Camarero

Juan Sebastián Califa y Mariano Millán
La JUP Montonera (1973-1976). De la ilusión a la decepción. 1.ª ed.
Buenos Aires: 2026.
218 p.; 15.00x22.00cm. ISBN 978-950-793-517-6
1. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982
Fecha de catalogación: 05/08/2026
Foto de tapa: *El Descamisado* n.° 17, pág. 26/7, 11/09/1973.
© 2026, Juan Sebastián Califa y Mariano Millán
© 2026, Ediciones Imago Mundi
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 300 ejemplares

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.
Este libro se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2026 en San Carlos Impresiones, Virrey Liniers 2203, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Para Mariana, por otro libro que vivimos juntos.

Para Lucía y Facundo, que verán el siglo que viene.

Para Anahí, León y Joaquín, que endulzan mis siglos.

Sumario

Agradecimientos XI

Introducción. XIII

1 El movimiento estudiantil y las agrupaciones peronistas del primer al tercer peronismo 1

2 La Universidad era una fiesta. La JUP en 1973 29

3 1974. Sin vuelta atrás. De la «ley Taiana» a la «misión Ivanissevich», del cerco a la aniquilación 69

4 Rara, como encendida. La JUP en 1975 131

¿Qué fue la JUP? 163

Referencias 181

Índice de autoras y autores del aparato bibliográfico. 193

Agradecimientos

Este libro se originó en el marco de un programa de investigación sobre movimientos estudiantiles y política universitaria que integramos hace más de dos décadas en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en el Concejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), iniciado por dos maestros de las ciencias sociales como Pablo Bonavena y Pablo Buchbinder. El tramo final de la labor de archivo y toda la redacción transcurrió durante uno de los contextos políticos más regresivos del último medio siglo en nuestro país, caracterizado entre otras cosas por el avance de las ideas derechistas en el grupo de edad joven y masculino, luego de un largo ciclo de gobiernos peronistas que, al menos en las universidades, movilizaron apoyos desde el progresismo. La universidad, así en general, fue uno de los pocos ámbitos sociales del país que se movilizó de manera masiva en reiteradas ocasiones para defender condiciones mínimas de reproducción. Pese a que obtuvo pingües victorias, estas resultaron desbaratadas fácilmente mediante prestidigitadas maniobras.

No creemos que en estas páginas haya algo así como «lecciones» de la historia y mucho menos que se traduzcan en fórmulas. Más bien estamos seguros de que esta investigación ayudará a entender el pasado y tener mejores herramientas para observar e interpretar un presente indudablemente adverso para la educación pública y la izquierda política. No escribimos este libro para reivindicar o condenar, sino para comprender una experiencia axial en la historia del movimiento estudiantil argentino y de las izquierdas universitarias, tanto por el proceso propiamente dicho de los años setenta como por su lugar en las narrativas de distintos actores relevantes de la política universitaria y de las izquierdas.

Nuestra labor se vio beneficiada por la de muchas personas e instituciones. Somos profesores de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e investigadores del

Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y del CONICET. La pesquisa para este libro se desarrolló en el marco de los proyectos PIP CONICET «Sistema universitario, políticas públicas y movimientos estudiantiles en la Argentina (1978-2015)» y UBACYT «Universidad, estudiantes y vida política en la Argentina, 1973-2015».

Del mismo modo, en esta investigación nos nutrimos de archivos y bibliotecas públicas o de entidades sociales, físicas o virtuales, como el Archivo Histórico de la UBA, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso Nacional, la Biblioteca de la UNLP, el CEDINCI, El Topo Blindado, la Hemeroteca Digital de Santa Fe y los Archivos Provinciales de la Memoria de Buenos Aires y de Santa Fe. En estos últimos, tributamos especial gratitud a Magdalena Lanteri y a María José Vanni. Uno de nosotros también quiere agradecer a Gabriel Mattalia, bibliotecario de la magnífica Biblioteca Popular Federico Lacroze de la Asociación Amigos del Tranvía, por su amabilidad y generosidad.

A pesar de la mala prensa que en ocasiones reciben, o a la supina ignorancia que ensombrece sus actividades, estas instituciones realizan una contribución encomiable para que nuestro país tenga una educación superior e investigación científica de nivel internacional, con las indiscutibles ventajas que eso reporta. Sus empleados llevan décadas supliendo carencias presupuestarias, logísticas e infraestructurales, las cuales alcanzaron niveles terminales en los últimos años.

Finalmente, deseamos agradecer a Nayla Pis Diez, Natalia Vega Rodríguez y Guadalupe Seia por la generosa orientación en archivos, bibliografía, biografías, conversación experta, contactos y todo lo concerniente a la investigación en las ciudades de La Plata, Santa Fe y sobre la última dictadura cívico-militar en la UBA. En ese sentido, también apreciamos lecturas sobre materiales relativos a este libro de colegas como Ignacio Custer, Mariana Maañón y Julieta Fioresta. No puede faltar, otra vez y seguramente serán más, el reconocimiento a Buchbinder y a Bonavena por los cafés y los mates compartidos donde alumbraron nuestro análisis.

Introducción

En este libro reconstruimos y analizamos la experiencia de la Juventud Universitaria Peronista (JUP) durante el llamado tercer peronismo, entre 1973 y 1976. La JUP se constituyó como una agrupación estudiantil adherida a Montoneros, integrada a la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, específicamente a la Juventud Peronista (JP) Regionales, bajo la dirección de Rodolfo Galimberti. Fue presentada en abril de 1973, tras la victoria de Cámpora, aunque su amalgama nacional concluyó en septiembre y en La Plata se oficializó un mes después. En paralelo, aparecieron otras «organizaciones de superficie» de Montoneros como la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) y la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Un mes más tarde le tocó al Movimiento Villero Peronista (MVP) y para septiembre a la Agrupación Evita (AE) de la Rama Femenina y al Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP). A esta estructura se sumó el Frente de Lisiados Peronistas, creado en 1972 por fuera de la organización.

Una observación sistemática de la JUP a escala nacional contribuye a conocer mejor los años setenta. Nuestra investigación se inscribe en una tradición de las ciencias sociales, que cuestionó tempranamente las tesis sobre la violencia política del período como una lucha de aparatos o una fatalidad propia de un imaginado carácter nacional dado a los antagonismos, para mostrar las articulaciones entre las contiendas sociales y las acciones político-militares (Marín 2003). Una perspectiva que ganó terreno en las últimas décadas, cuando centenares de trabajos mostraron el interés de las organizaciones por consolidar su raigambre social y sus relativos éxitos, tanto de Montoneros y del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) como del paramilitarismo peronista, por mencionar ejemplos.[1]

---

[1] Sin ser exhaustivos, véanse Héctor Löbbe (2006), Vera Carnovale (2011), Marina Franco (2012) y Federico Lorenz (2013).

Nuestra descripción del arraigo de la JUP montonera en un territorio social específico se suma a los esfuerzos mencionados, con la particularidad de que, como sostuvo Richard Gillespie (1987) en su investigación pionera, aproximadamente la mitad de los militantes de la Tendencia Revolucionaria eran estudiantes universitarios, siendo la JUP la principal agrupación. Incontables libros mencionaron, además, la procedencia universitaria de muchos fundadores de Montoneros. Otros tantos comentaron su influencia en las facultades como parte de su gravitación en la política nacional. Sin embargo, no conocemos un análisis sistemático de las agrupaciones impulsadas por Montoneros en las universidades, con el fin de encuadrarlas en el proyecto «nacional y popular» que pretendió hegemonizar. En este sentido, una aclaración: no todos los militantes de la JUP, ni siquiera una mayoría, fueron milicianos armados, sin embargo, la JUP fue la agrupación estudiantil de Montoneros, una condición no exenta de contradicciones, como veremos, por lo cual este libro también brinda nuevos y relevantes elementos para pensar a Montoneros.

Desde comienzos del presente siglo la investigación sobre los *largos años sesenta* ha conformado una de las mayores agendas de la historia y de las ciencias sociales en Argentina. El recorte aquí elegido se ubica sobre el final de un largo ciclo de radicalización a nivel nacional y regional, donde conviven las lógicas de los setenta transformadores y revolucionarios con las de los setenta represivos y contrarrevolucionarios.

Las décadas previas a la última dictadura cívico-militar ofrecen una ventana privilegiada para la comprensión de procesos de aguda conflictividad social donde se constituyeron y transformaron relaciones sociales y sujetos. El movimiento estudiantil fue uno de ellos y su reconstrucción avanzó gracias a numerosos estudios de caso, fundamentados en metodologías cualitativas como la historia oral, el análisis documental, la construcción de cronologías con técnicas hemerográficas o cuantitativas, como la estadística descriptiva. En general, los trabajos se ciñen a procesos locales, con una distribución espacial y temporal despareja. Las obras so-

bre agrupaciones resultan escasas y, las que se conocen, abordan experiencias puntuales, sin fijarse una escala nacional.

Nuestro trabajo se sitúa en este campo académico, surcado por los debates entre diferentes tesis sobre los *largos años sesenta* en la Argentina, algunas convergentes con las narrativas de los partidos políticos tradicionales. Desde la transición democrática, un sector de las ciencias sociales, ligado a la dirigencia del sistema universitario, indicó que la politización y, con ella, el ejercicio de la violencia, alejó al estudiantado de su tradición reformista y democrática y sentó condiciones para el autoritarismo en el segundo lustro de los setenta. Por otra parte, desde fines de los noventa numerosos escritos testimoniales o basados en entrevistas, más algunos documentos de organizaciones peronistas, asociaron peronización y radicalización. Esta mirada alcanzó el estatus de sentido común y no pocas veces adquirió ribetes de una narrativa hagiográfica de jóvenes «setentistas» que en su adultez arribaron a espacios de gestión universitaria.

Empero, en tiempos recientes emergieron investigaciones con mayor apego a las fuentes de la época. Por un lado, trabajos inspirados en perspectivas transnacionales que, a partir de una triangulación entre historia oral y análisis documental subrayaron la centralidad explicativa de la noción de nueva izquierda. Entre ellos destacamos los del grupo dirigido por María Cristina Tortti en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), que señalaron la peronización de amplias franjas del alumnado como una de las novedades de los años sesenta en la Argentina y más aún de los setenta. Sin embargo, los análisis de casos mostraron que la izquierda «tradicional» siguió gravitando y que el crecimiento del peronismo universitario fue tortuoso y tardío.

Por otro, aparecieron investigaciones fundamentadas en una síntesis sui generis de marxismo y sociología histórica, de la que participamos como parte del grupo de la Universidad de Buenos Aires (UBA) referenciado en Pablo Bonavena. En un trabajo precedente sobre esta institución, advertimos que la gravitación de la izquierda del peronismo resultó más acotada de lo que suele pensarse, a la vez que abarcó un cúmulo diverso de grupos y se

encontró mediada por alianzas con otras corrientes, generalmente olvidadas: los comunistas y un sector del radicalismo (Califa y Millán 2023c). Asimismo, ese análisis no halló relación entre los niveles de influencia de la izquierda del peronismo y los de la radicalización estudiantil. En conclusión, la JUP tomó forma en un contexto signado por la importancia de la izquierda, especialmente quienes reivindicaban la Reforma Universitaria de 1918.

Pese a las diferencias, todas las corrientes sostienen que la JUP fue la principal agrupación del peronismo estudiantil en los años setenta. Antes de su aparición se había formado el Frente Estudiantil Nacional (FEN), luego fusionado con la ortodoxa Guardia de Hierro (GH), sepultando así el socialismo de sus fundadores. También puede contarse a la Agrupación Universitaria Nacional (AUN), brazo del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) conducido por Jorge Abelardo Ramos, que reivindicaba al peronismo y al reformismo universitario. Ambas muy críticas de Montoneros, a los que llegaron a enfrentar físicamente. Por otro lado, hubo grupos de derecha peronista, como la Concentración Nacional Universitaria (CNU), con quienes los choques adquirieron caracteres más violentos. Mientras los últimos reivindicaban la política universitaria del primer peronismo, la JUP tomaba distancia de aquella experiencia.

Desde su fundación, la JUP alcanzó la primacía en el peronismo estudiantil a nivel nacional, aunque con un desarrollo regional dispar. Los núcleos de la agrupación, en términos de organización interna y arraigo en las bases, se localizaron en la UBA, la UNLP y la Universidad Nacional del Litoral (UNL, Santa Fe), donde alcanzaron la conducción de las federaciones. Estas instituciones constituían nodos cardinales del sistema universitario argentino, con trayectorias dilatadas (fundadas en 1821, 1905 y 1919 respectivamente), presencia consolidada en las ciudades capitales que las alojaban y matrículas numerosas (113 583, 40 729 y 11 581 inscriptos en 1973), que sumaban más de la mitad del alumnado nacional.[2] La JUP también conquistó la conducción de las federaciones del Co-

[2] *Estadísticas de la Educación, síntesis 1972-1976*, Ministerio de Cultura y Educación.

mahue (UNCo), con sedes en Neuquén y Río Negro, Salta (UNSa), Río Cuarto (UNRC), en Córdoba, y Lomas de Zamora (UNLZ), en el sur del conurbano bonaerense. Eran universidades de creación reciente –entre las dieciséis que se sumaron a la decena existente–, contaban con matrículas muy acotadas e incidencia marginal en el ámbito nacional. Por ello, nuestra investigación se concentra sobre la JUP de la UBA, la UNLP y la UNL.

Estas instituciones se ubicaron en ciudades de distinta escala. Buenos Aires, una de las urbes más grandes del mundo, con un centro cosmopolita y un anillo urbano cada vez más extenso, el Gran Buenos Aires, donde se radicaron numerosas industrias de todas las ramas y escalas junto a su masiva fuerza de trabajo. Más al sur, La Plata, fundada a fines del siglo XIX, también núcleo de una pujante actividad manufacturera. Para los años sesenta, en las costas del Río de la Plata convivían la refinería petrolera de Ensenada, la Destilería de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), varias grandes plantas siderúrgicas, metalúrgicas y químicas, el Astillero Río Santiago e importantes frigoríficos. En 1970 el Gran La Plata (La Plata, Berisso y Ensenada) constituía el cuarto conglomerado urbano del país, con medio millón de habitantes. Sin embargo, las mayorías se empleaban en el sector «comercio y servicios», siendo notable la incidencia estatal, en tanto la ciudad de las diagonales alojaba la administración pública de la provincia de Buenos Aires. En Santa Fe, capital de la provincia homónima, habitaban un cuarto de millón de personas para 1970, una escala media para baja en el país. Su estructura ocupacional era similar a la platense, pero con mayor acento del empleo estatal y menor peso industrial. Como una deriva, a diferencia Buenos Aires, La Plata o Rosario, más abiertas al cambio cultural, en Santa Fe la gravitación de la cultura tradicional y de la Iglesia Católica era mayor, lo que no impidió la existencia de núcleos modernizadores, como los de las artes.

Nuestra aproximación a la JUP se fundamenta en el registro de fuentes primarias y secundarias. En primer lugar, sistematizamos información de la mayor base de datos sobre el tema (BDB), construida con más de veinte diarios del país (Bonavena 1992). Para

ganar en especificidad relevamos los periódicos *El Día* (La Plata), *El Litoral* (Santa Fe) y *La Opinión* (Buenos Aires). Aunque tuvieran posiciones diferentes, los dos primeros conservadores y el último progresista, los tres publicaban minuciosas crónicas universitarias. Además, revisamos el diario *Noticias* ligado a Montoneros, así como sus revistas *El Descamisado*, *La Causa Peronista, El Peronista* y *Evita Montonera*, sumado a *El Auténtico* del Partido Auténtico. La prensa montonera, en lo relativo al mundo universitario, se caracterizó por un sesgo muy marcado a informar lo acaecido en la UBA, mirada que al mismo tiempo ocluía lo sucedido en otras universidades. Esto llama la atención, ya que fue una organización que se ufanó de una identidad deudora de las luchas históricas protagonizadas por los caudillos federales. Por eso, acudimos también a otras fuentes disponibles en el Archivo Provincial de la Memoria de Santa Fe (APMSF), en el Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires (CPM) y en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda (CEDINCI).

Conocemos también numerosos testimonios de exmilitantes montoneros, plasmados en libros autobiográficos o en múltiples entrevistas. Sobre la JUP destacamos el trabajo de Marisa Sadi (2004), en el que recogió otras voces, enfocado en la UBA tras el golpe de Estado de 1976. Si bien recurriremos a ellos, no conforman aquí una fuente principal. Se trata de materiales fragmentarios y atravesados por los itinerarios de sus autores. En ocasiones, constituyen una codificación del pasado inscripta en diversas contiendas políticas, universitarias y hasta biográficas del momento en que se ejercitó la memoria militante. Son textos corrientemente plagados de errores fácticos, olvidos, enunciados cargados de valoraciones y afán de justificación, así como ponderación de eventos desgajados de la secuencia que los explica. Todo ello cimenta representaciones confusas, cuando no deformadas, que suelen invertir los términos de los procesos y conducir a conclusiones infundadas. Aunque se encuentran trabajos de colegas que sacaron provecho a estos testimonios, en nuestro caso existe una dificultad adicional. Muchos protagonistas de esta historia trocaron en intelectuales *de*

Estado, es decir, más gestores de narrativas públicas que investigadores metódicos del pasado. Por esto, privilegiamos reconstruir su práctica política a partir de lo que recogimos en las fuentes del período.

En este libro secuenciamos y analizamos los enfrentamientos protagonizados por la JUP. Para ello consideramos sus formas de acción, de organización, sus demandas, sus alianzas y sus enemigos. Describimos desde planos locales la conformación de cada agrupación, las estrategias para crecer, los acuerdos con sus pares estudiantiles o con las autoridades universitarias, las divisiones que brotaron, los desafíos y los saldos de la persecución estatal y paraestatal. La estrategia analítica reconoce dos escalas de la contienda política, con lógicas propias, a veces en tensión, pero nunca ajenas. Por una parte el nivel macro de la política nacional. Por otra, el nivel meso-político, donde se observa la interactividad entre agrupaciones estudiantiles, entre estas y el alumnado, con las autoridades universitarias y con otros actores sociales de la universidad y más allá, como docentes, no docentes, policías, grupos de choque, sindicatos, partidos, entre otros.

Gracias a ello describimos las trayectorias de la JUP. En primer lugar, presentaremos sus antecedentes más próximos. Luego abordaremos la constitución local de cada JUP y el entusiasmo que generaron sus iniciativas durante 1973. En el tercer capítulo nos imbuimos en el prolongado 1974. Daremos cuenta del impacto de la nueva ley universitaria, de la ruptura montonera con Perón y de la coyuntura ulterior signada por el pasaje a la clandestinidad y la «misión Ivanissevich». Estos hechos dieron pie al terrorismo de Estado en las universidades, además de romperse las relaciones de la JUP con los funcionarios nacionales y universitarios y crujir sus alianzas estudiantiles. En el último capítulo compendiamos las luchas de una JUP mermada y crecientemente aislada durante 1975, pero presente en el escenario universitario y firme en Montoneros.

En este sentido, adelantamos una consideración sobre el carácter mixto y federal de esta organización: agrupación estudiantil entre pares, símbolo de una esperanza, corriente universitaria de una fracción partidaria, asociación política de gobierno y gestión

universitaria, y brazo de Montoneros en las facultades. En el texto, exhibiremos la coexistencia de estas múltiples caras y marcaremos cuáles y cuándo predominaron, entre ellas su adscripción a Montoneros, con los beneficios o perjuicios que pudo reportarle a la JUP.

Finalmente, deseamos advertir sobre los alcances de nuestra investigación. La relación de esta organización con la cúpula montonera o con, y entre, las respectivas regionales será objeto de interpretaciones algo conjeturales, limitadas por el alcance de las fuentes cotejadas, las cuales ofrecen pistas más que asertos. Para pensar el problema en un marco más amplio revisamos las investigaciones sobre otros frentes de masas. Sobre el MVP o la Agrupación Evita, Eva Camelli (2019) y Karin Grammático (2012) respectivamente señalaron que las bases adhirieron en general a la jefatura montonera, pero con no pocas expresiones de autonomía y hasta rebeldía. En cuanto a la JTP, Federico Lorenz (2013, pág. 220) afirmó que el prestigio político y hasta militar de Montoneros constituyó un factor insoslayable para comprender su capacidad de reclutamiento y dirección en el mundo sindical. A su vez, Luis Donatello (2010) recalcó los cambios de las relaciones entre las JP Regionales y la dirigencia central según los momentos referidos (2010). En tal sentido, los frentes resignaron progresivamente su autonomía para gozar de una existencia más bien nominal a medida que recrudecía la represión y Montoneros pasaba a la clandestinidad. Como puede verse, hay varias tesis y las demostraciones suelen basarse en datos puntuales. Pese a ello, esta literatura describe una pluralidad de actores que exhibe la dificultad para abordarlos con unicidad. Así, Javier Salcedo (2011, 2022), en sendos trabajos dedicados a una organización barrial y a la cúpula dirigente, recalcó la necesidad de segmentar la agrupación para entenderla. En definitiva, las investigaciones recientes nos ponen en guardia contra supuestos transitivos u homologaciones al estilo de «si acá fue de una manera, en otras partes debió haber ocurrido lo mismo o algo similar».

Empero, estos recaudos metodológicos (debemos insistir además sobre el peso que aún posee la mirada porteño-céntrica) no

deben conducirnos a olvidar que Montoneros contó con una dirección que fijaba objetivos, medios para alcanzarlos y decidía sobre cuestiones capitales de cada frente. Como demostró Daniela Slipak (2023), las divergencias internas con la dirección no se procesaban en una amplia discusión hacia una nueva síntesis, sino que su persistencia derivaba en fraccionamientos o expulsiones. Así le ocurrió a Adriana Robles (2011), militante precursora de la UES en el sur del conurbano bonaerense. Una «perejil» –como se denominaba a los recién llegados– que logró convertirse en combatiente y, durante febrero de 1977 en plena dictadura, fue sometida junto a dos compañeros a un juicio revolucionario por sus críticas a la dirección y expulsada en circunstancias vividas como insólitas. En ese sentido, más allá de sus innumerables fallas –la superposición de frentes, el peso de los regionalismos y las tradiciones–, Montoneros fue un colectivo que se fijó una jefatura y generalmente acató sus directivas, so pena de castigos a quien así no lo hiciera.

Otro aspecto en el que no seremos categóricos es la caracterización de la política montonera. Por un lado, observamos elementos insurgentes, sobre todo por nuestra referencia en las mencionadas tesis clásicas de Juan Carlos Marín (2003). Para el sociólogo, los más de ocho mil quinientos hechos armados de carácter político ocurridos entre 1973 y 1976 que contabilizó evidenciaban las condiciones de una guerra civil en la Argentina. La llamada «subversión», donde incluyó a Montoneros junto al PRT-ERP y otras organizaciones, expresaba el grado de acumulación organizativa de las fracciones combativas de una clase trabajadora que estaba rompiendo su subordinación con las direcciones políticas e ideológicas de los partidos tradicionales. Al mismo tiempo rescatamos dos autoras que matizan este abordaje. Julieta Pacheco (2013) previene sobre la noción de radicalidad habitualmente circunscripta a los métodos de acción de Montoneros. En su lugar, propone analizar el programa, lo que redefine a esta organización como una corriente más bien reformista. Fernanda Tocho (2020), por otra parte, ha demostrado la gravitación de los aspectos institucionales. Su trabajo sobre la provincia de Buenos Aires expone las tensiones entre la

gestión en los cargos estatales y los imperativos estratégicos de la cúpula montonera.

Por todo lo anterior, nuestra mirada comparativa acerca de la JUP permite detectar semejanzas, pero también divergencias internas que llevan a preguntarnos por la fuerza de las pautas de acción emanadas de una dirección interna (la Mesa Ejecutiva del frente) y externa (la dirección de Montoneros). El tema, por supuesto, no puede agotarse en estas páginas, tanto por la multiplicidad de perspectivas involucradas como por el hecho de que los tres casos abordados, si bien decisivos, no retratan por completo esta organización. De nuestra investigación, por ejemplo, se desprende que la JUP, a tono con Montoneros y las demás corrientes estudiantiles, estuvo dirigida abrumadoramente por hombres, a pesar de la creciente feminización de la matrícula universitaria durante la posguerra, que en Argentina alcanzó el tercio del alumnado. Una mirada desde el género, ciertamente, podría ofrecer una nueva y bienvenida relectura de la JUP.

Con todos los matices y reparos del caso, la lectura de este libro brinda una idea muy detallada de uno de los epicentros de las tensiones del tercer peronismo y de un frente clave para Montoneros. Aspiramos a que este punto de llegada de una larga investigación, que reconstruyó y analizó una experiencia más recordada que conocida, pueda convertirse en punto de partida para otras indagaciones. Y aspiramos, más aún, a que este libro ayude a pensar la historia argentina y sus conexiones actuales.